

Un perfil renacentista

El doctor Francisco López de Villalobos

Julio Caro Baroja

Hoy está más a la moda el estudio de la literatura a la luz de los conocimientos (o pseudo conocimientos) sociológicos que a la de los psicológicos, o tenidos por tales. La Sociología es una ciencia nueva y brillante, la Psicología, como ciencia, también es moderna.

Pero el crítico actual si se las da de psicólogo, tiende más a hacer conjeturas sobre las características sexuales del autor, o a dar interpretaciones psicoanalíticas de su obra que a pintar estados anímicos o intimidades distintas a las eróticas. Sexo por un lado. Economía por otro... y pare usted de



El médico. (Grabado en madera de un Regimen Sanitatis Salernitatum, con comentarios de Arnold de Villanova y otros. Venecia, 1500).

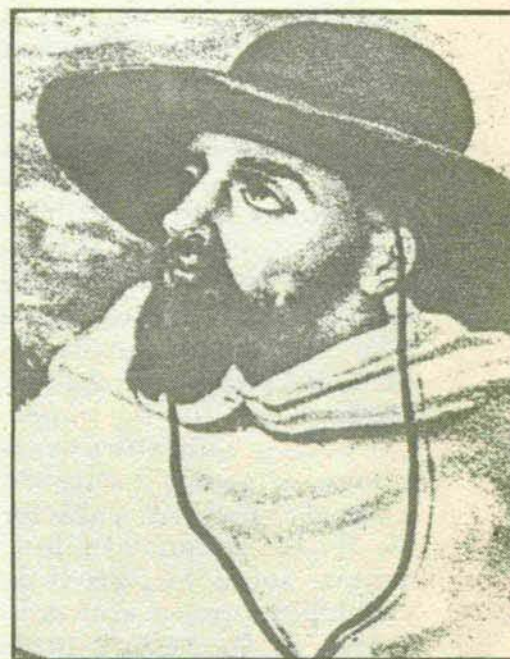
contar. He aquí las dos grandes llaves para explicarlo todo. Ahora bien, cuando una llave abre todas las puertas no se llama llave, se llama «ganzáa», y es un instrumento mal considerado por la Policía. En esas estamos y no

parece que vayamos a cambiar de rumbo en mucho tiempo. Sociología y Psicología son dos flamantes disciplinas a la moda siempre que se utilicen de modo determinado. Disciplinas que con frecuencia también se convierten en asignaturas y entonces dan resultados bastante desagradables o soporíferos.

I

Un texto de Historia social de la literatura suele producir a veces, en el lector sencillo, efectos «contraproducentes», como los que causaba el baile de una bailarina de flamenco, según otra, rival suya. El texto profesoral, en efecto, puede hacerle a uno coger cierta prevención hacia la Literatura misma. Aparte de eso el resultado de las lucubraciones profesoras examinado serenamente nos hace desconfiar también con frecuencia del juicio del autor como, en otros tiempos, hacían desconfiar ciertas interpretaciones «antropológicas» del

Arte y de la misma Literatura, anteriores y precursoras del racismo político. Según aquéllas, tales o cuales escritores, tales o cuales artistas tenían que ser arios a la fuerza, más que por lo que se supiera respecto a quiénes eran sus padres, por lo que se deducía de la contemplación o lectura de sus obras. Paradójicamente esta tendencia que se dio sobre todo en algunos autores alemanes de comienzos de siglo, se ha utilizado mucho después en nuestro país para defender algo opuesto. Aquí se ha llegado a determinar que Cervantes era de origen judío por lo que pensaba sobre esto o aquello y se han visto los efectos absolutos de la



Retrato de Cervantes. (Pormenor del lienzo de Pacheco «San Pedro Nolascos embarcándose para redimir cautivos». Sevilla, Museo de Bellas Artes).

herencia racial en un solo sentido en personas que, como decían los antiguos, tenían sólo «un cuarto» o «un octavo» de judío. Dime qué piensas y te diré a qué raza perteneces, se ha venido a decir, utilizando procedimientos de una sutileza que a veces asusta y que otras hace encogerse de hombros. Sería más fácil pensar: Dime qué es lo que crees de Leonardo o de Cervantes y te diré qué ideas políticas y antropológicas defiendes.

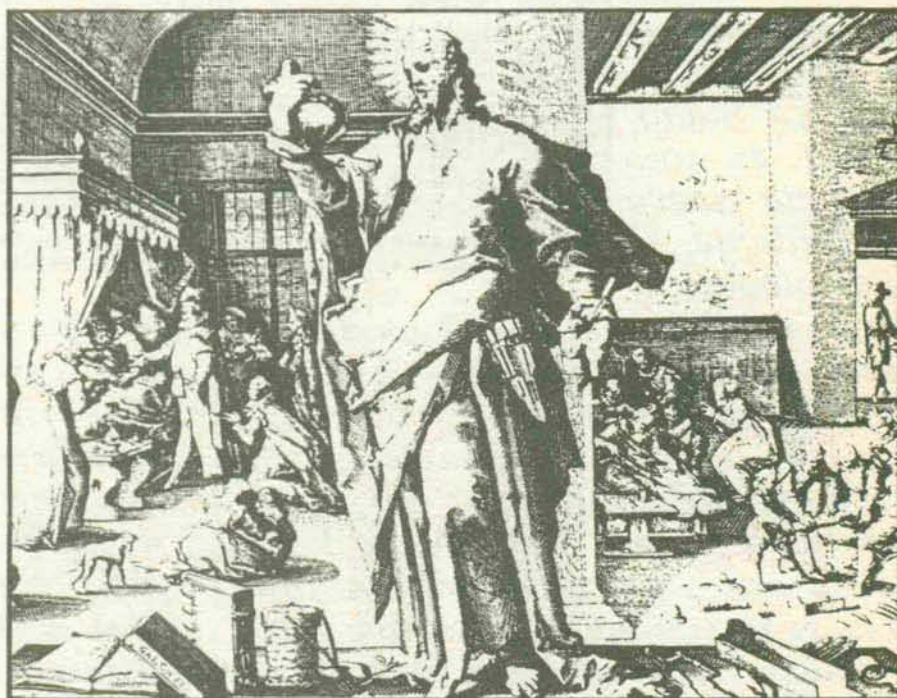
II

Afortunadamente, en el caso de la personalidad de que voy a ocuparme ahora, no hay por qué empezar haciendo conjeturas acerca de sus orígenes, ni tampoco sobre su posición ante el mando y la sociedad. Su vida no encierra equívocos que desentrañar o descubrir. En este orden podemos hacer con el modelo delante un retrato psicológico «a la antigua», encuadrado en su «medio social», sin miedo a cometer errores mayores, y siguiendo un método que ya usaban los historiadores y críticos antes de que se acuñaran los nombres de Sociología y Psicología. Se trata de dar un perfil del Doctor Francisco López de Villalobos, médico famoso de fines del siglo XV y la primera parte del XVI, puesto que su vida transcurre, aproximadamente, entre 1473 y 1549. Médico, escritor de importancia en la Literatura española y personaje cortesano conocido por su carácter «festivo» dirían algunos; aunque sobre lo festivo de Villalobos, como acerca de lo festivo de Quevedo y otros humoristas españoles, habrá algo más que decir luego.

Villalobos era de clara as-

cendencia judía y además hijo y nieto de médicos. No se trata, pues, de buscar tres pies al misterioso gato de la herencia. A fines de la Edad Media, en todos los reinos cristianos de España, lo mismo en Castilla que en Aragón que en Navarra, había una proporción grande de médicos judíos. Esto no quiere decir que todos los

médicos lo fueran y que tras cualquier personalidad médica haya que buscar una personalidad hebrea, como se ha venido a sostener también en algún lado. Por ejemplo en Navarra había médicos del país, no judíos y otros franceses e incluso italianos, allá a fines del siglo XIV y comienzos del XV. Pero Villalobos era de fami-



Alegoría de la profesión médica. (Serie de grabados ejecutados en Haarlem en 1587, bajo la dirección de Hendrik Goltzius): A. «EL MEDICO COMO DIOS».



B. «EL MEDICO COMO ANGEL».

lia de «físicos» judíos y lo atestigua en la introducción del **Sumario de la Medicina en romance trovado**:

*«Aun en los físicos hay tal
[concierto,
que son de su casa por línea y
[suceso,
mi abuelo del suyo fue físico
[experto,
mi padre del suyo y aun suyo
[es, por cierto*

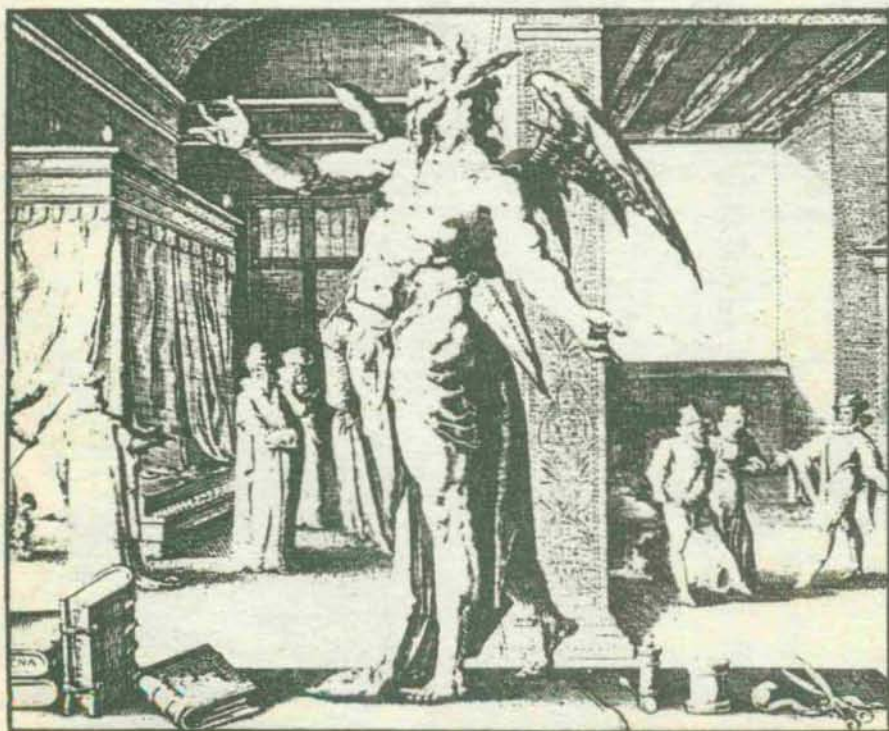
*yo estoy reservado a seguir tal
[proceso.»*

Cuatro generaciones de médicos y cuatro generaciones de médicos judíos, don Antonio María Fabié, autor de la biografía más minuciosa que aún existe de Villalobos, dedicó varias páginas de ella a recoger los textos del médico o de sus correspondientes, en que se aludía a su origen, e

incluso afirma que él mismo fue profesor de la ley mosaica. En ese caso habría recibido el bautismo poco antes o al momento en que se puso en la alternativa a los que la seguían de salir de los estados de los Reyes Católicos o bautizarse. Yo no veo la necesidad de sostener que porque se le considere «confuso» fuera el mismo el primer bautizado de su estirpe. El caso es que nuestro médico es conocido con un sonoro apellido castellano de tipo compuesto: de un patronímico, que se considera familiar, el de López, y un nombre de lugar, que es el de Villalobos, villa de señorío en la provincia de Zamora, sobre la que todavía en el siglo XIX tenían alguna jurisdicción los marqueses de Astorga, que eran a la par señores y condes de Villalobos. El padre de Villalobos fue lo que podría llamarse «médico de pueblo», y no quiso nunca cambiar de situación. Pero no era un médico de pueblo cualquiera, sino que debió estar siempre al amparo del marqués de Astorga. Así Villalobos hijo empieza a vivir bajo un signo contradictorio. De un lado es de origen judío, en época en que se funda y funciona la Inquisición de modo terrible, contra los llamados judaizantes sobre todo y cuando se excitan las pasiones más groseras frente a ellos. De otro vive en el trato y familiaridad de los grandes, de aristócratas, prebendados, guerreros. La reacción del médico ante sus orígenes no es de puro miedo y deseo de ocultarla, como ocurrió en bastantes casos, ni de orgullo o tesón resistente, como pasa en otros. Es una tercera reacción que nos produce acaso más tristeza que las otras dos.



C. «EL MEDICO COMO HOMBRE.»



D. «EL MEDICO COMO DEMONIO.»



Quevedo. (Dibujo de Pacheco).

Villalobos se siente católico y aunque en una composición poética dirigida al Almirante de Castilla reconoce que

«Nunca hizo en sus ovejas apartamiento el Señor»,

en otra carta al mismo personaje alude a su «maldita naturaleza», a su suciedad de origen. Parece que el Almirante, con la zafiedad y mala intención que pueden tener los prepotentes en algunos casos, fue el que con más frecuencia aludió esto y Villalobos, que unas veces aparece como seriamente preocupado por la «mancha» otras aparente burlarse de ella, como se refleja también en algunas anécdotas que se le atribuyen y que luego habrá que recordar. Es, en realidad, un recurso pobre, un subterfugio. Pero, aunque parezca mentira, de su empleo arranca, en parte, la fama de hombre jocosos y festivo del médico, que a veces lo usó con segundas intenciones, porque sabía muy bien (como también lo sa-

bían los autores del **Tizón de la nobleza** y **El libro verde de Aragón**) que gran parte de los magnates castellanos y aragoneses que le daban chacota podían pasar por parientes suyos, como descendientes de la raza elegida por alguna abuela...

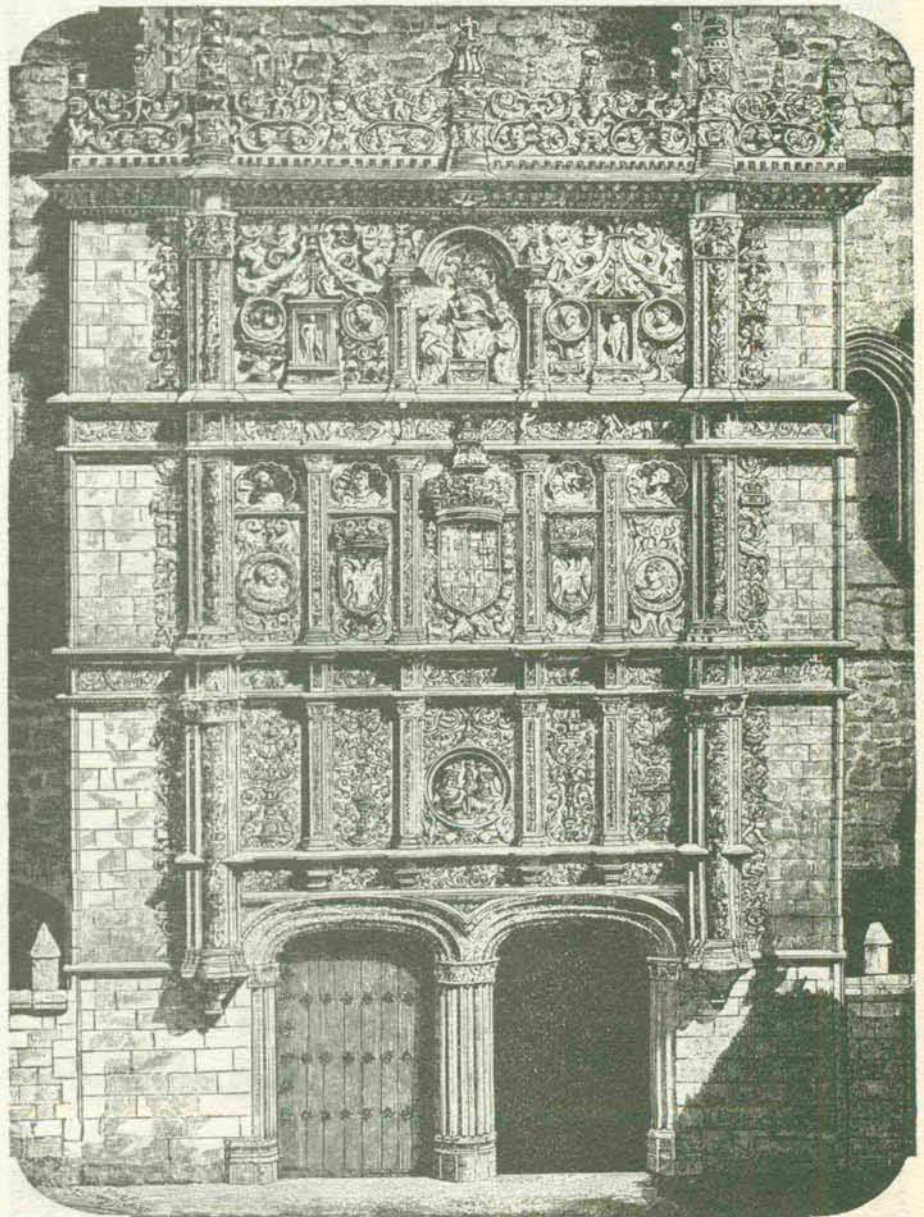
Ser judío y ser médico son dos notas «complementarias» que han servido para crear un arquetipo folklórico o popular. Y serlo en medios sociales superiores aún más.

III

Villalobos estudió Medicina en Salamanca y obtuvo su tí-

tulo muy joven. Su obra más estimada desde el punto de vista científico la publicó a los veintitantos años, en 1498, cuando ejercía en Zamora. Es el **Sumario...** aludido, al que se añade el **Tratado sobre las pestíferas Cubas**, que es lo primero que se publicó en España acerca de la sífilis. De estas dos obras hay una edición asequible, debida a don Eduardo García del Real y han sido comentadas por los historiadores de la Medicina desde hace mucho.

Reflejan, sin duda, gran precocidad y aparte de su valor científico hay que destacar



Fachada de la Universidad de Salamanca.

en ellas algunas observaciones acerca de males mentales y hábitos extraños, como cuando en el **Sumario** se trata de los que Villalobos llama «iluminados», que no son los alumbrados clásicos, sino gente dada al homosexualismo y que debió pulular por entonces en España e Italia.

Villalobos hubo de alcanzar ya cierta reputación con el libro y hacia 1507 aparece al servicio del duque de Alba y moviéndose en función de tal servidumbre. Desde entonces hasta la extrema vejez dentro de la mente del médico se da otra nueva con-

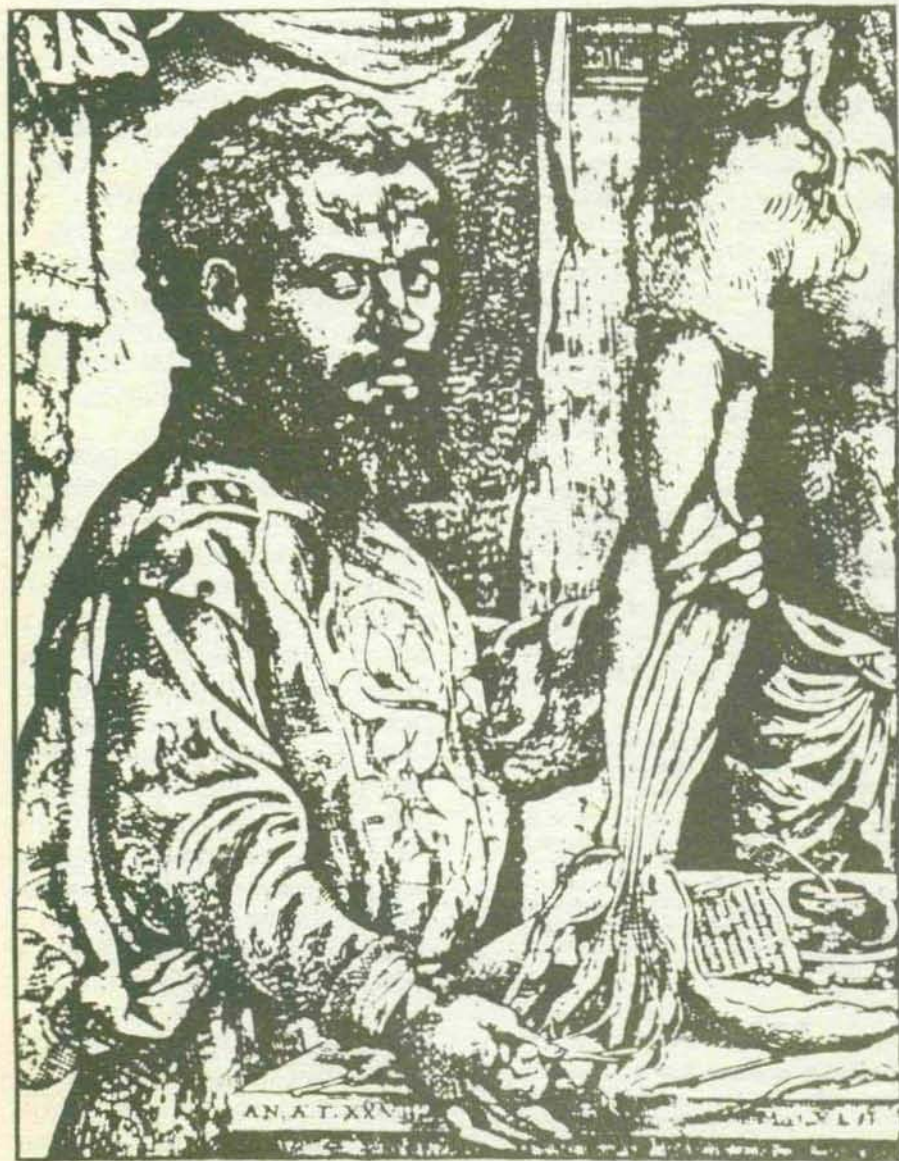
tradición. De un lado echa de menos la libertad, la tranquilidad, la modestia de la vida campesina o retirada, como la que llevó siempre su padre; de otro, no puede resistir al hechizo de la vida de la Corte, con sus peligros, sus molestias e incomodidades. Villalobos es un médico cortesano metido en la vorágine, como Fray Luis de León fue un hombre de cátedra metido en trincas, oposiciones, rivalidades. Fray Luis escribe: «¡Qué descansada vida!» y traduce de Horacio más directamente, «dichoso el que de pleitos alejado». Pero no descansó ni se alejó



Fray Luis de León. (Dibujo de Francisco Pacheco).

de los pleitos. A Villalobos le pasó algo parecido, aunque en un momento de la madurez realizó cierta retirada estratégica de corta duración y en otros pasó por crisis de favor o de crédito, cosa que ocurre con bastante frecuencia a los médicos famosos, cuando no pueden salvar a un cliente conocido.

En ese caso también el ser médico y de origen judío daba lugar a maledicencias estereotipadas de raíz muy antigua. La personalidad del médico extranjero ha sido bivalente. En la Roma republicana ya tenían boga particular los médicos griegos, pero había «patriotas» que decían que estos se confabulaban para matar a los romanos, en venganza sin duda de la derrota que éstos habían infligido a los estados griegos. Plinio el mayor da noticia de semejante creencia y hasta la atribuye a Cato. El médico de raza humillada se venga. En la Edad Media se dijo lo mismo una y otra vez de los médicos ju-



Andreas Vesalio. (Grabado en madera del *De Humani Corporis Fabrica* de Vesalio. Basilea, 1543. Original de Jan Stephan von Calcar).

díos y más modernamente fue cosa difundida por los panfletos y libelos antisemitas. Un drama como **La prudencia en la mujer** escenifica algo relacionado con esta clase de típico bulo terrorífico. Es seguro que varias veces Villalobos fue objeto de él y en torno a ello corrió una anécdota que se da como prueba de su gracia, pero que también es tragicómica, o de «humor negro» si se quiere.

«El doctor Villalobos estando la Corte en Toledo entró en una iglesia a oír misa, y púsose a rezar en un altar de la Quinta Angustia y a la sazón que él estaba rezando pasó junto a él una señora de Toledo que se llamaba doña

Ana de Castilla, y como le vio comienza a decir: —Quitenme de cabe este judío, que mató a mi marido. Porque le había curado en una enfermedad, de la cual murió. Un mozo llegóse al doctor Villalobos muy deprisa y díjole: —Señor, por amor de Dios, que vaya, que está mi padre muy malo, a verle. Respondió el doctor Villalobos: —Hermano: ¿Vos no véis que aquella que va allí va vituperándome y llamándome judío, porque maté a su marido (y señalando al altar) y ésta que está aquí, está llorando y cabizbaja, porque dice que le maté a su hijo. ¿Y queréis vos que vaya ahora a matar a vuestro padre?». El caso es que cuando murió la

emperatriz también corrió la voz de que Villalobos la había matado, como se ve en una de las cartas suyas escrita en la última etapa de su vida.

Pero antes, mucho antes, pesó sobre él otro rumor calumnioso, tan estúpido y maligno como este. El vulgo envidioso, al verle médico de Fernando el Católico y famoso por sus éxitos en plena juventud, vino a decir que los obtenía porque era mago, conocedor de filtros y maleficios. En la sospecha los inquisidores le hicieron prender y fue objeto de irrisión y de murmuraciones. Unos decían que tenía el diablo en el cuerpo o un familiar en un anillo, otros que sobre ser charlatán lo que le daba la fuerza era un pacto diabólico; se decía asimismo que adivinaba el porvenir, que interpretaba ciertos oráculos escritos y que ligaba y desligaba a voluntad, haciendo que las mujeres acudieran de noche a sus llamamientos interesados.

Las averiguaciones y pesquisas de los señores del Santo Oficio, de las que salió libre, duraron ochenta días, días en que su familia y amigos pasaron grandes zozobras. Si se tiene éxito, mal; si no se tiene, peor. El juicio adverso pesa sobre el médico toda la vida. Esto no nos ha de chocar hoy. Los esperpentos arquetípicos actúan en la conciencia de las masas aunque no sean los del médico judío, envenenador o hechicero y otros figurones del drama o melodrama antiguo.

Pero hay figurones modernos: el del burgués, el del capitalista o el del que sigue consignas masónicas y revolucionarias. Tan estúpidos como los antiguos o más.

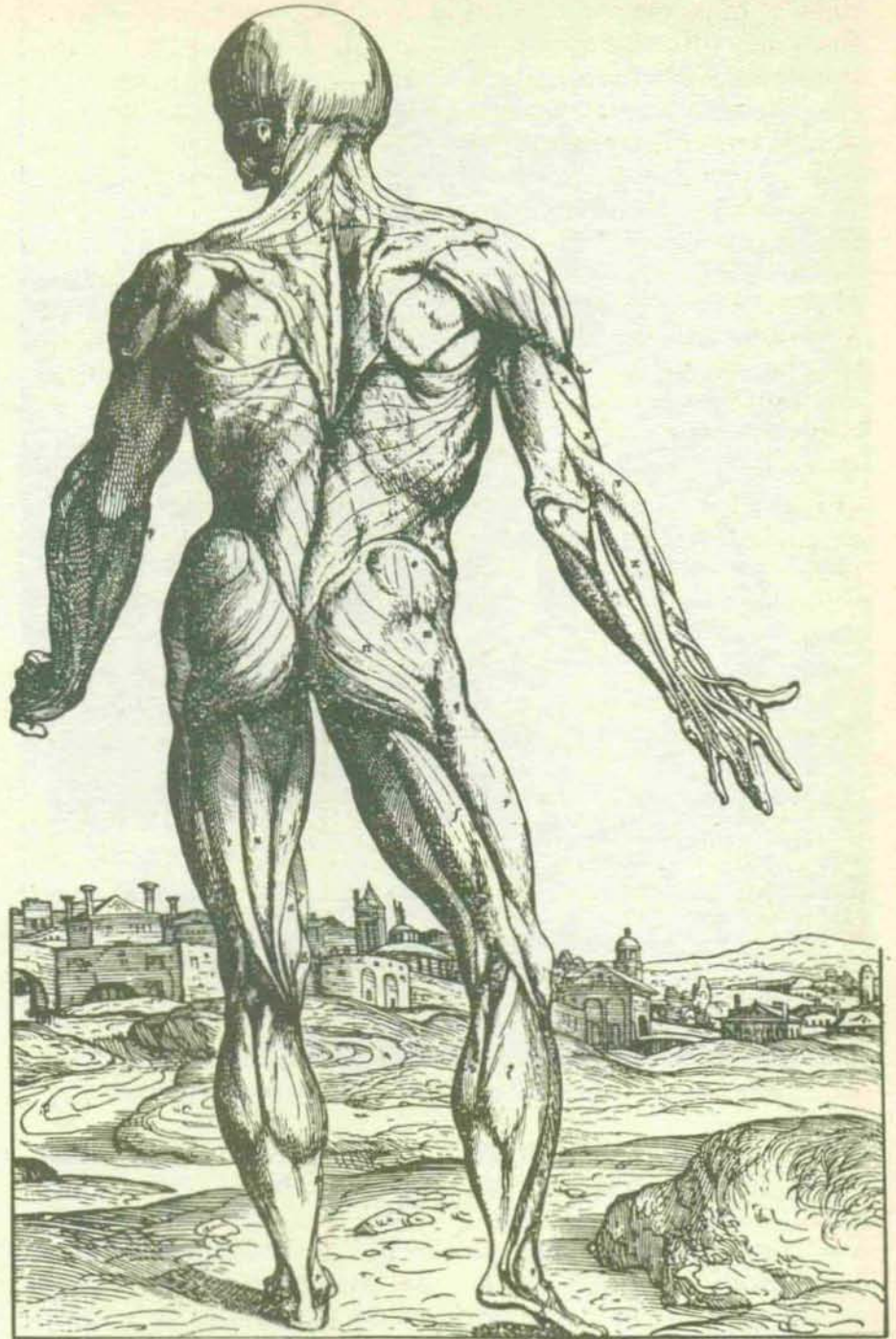


Pleigo suelto con un aguafuerte que representa a Paracelso (1493-1541). Original de Balthazar Jenichen.

IV

La vida va por su propio cauce. Así, la de Villalobos le obligó a tomar ciertas posturas y le hizo también poder observar ciertos medios, ciertos caracteres y ciertas pasiones. Para el pueblo quedó como un tipo de chistoso chocarrero. Algo parecido le pasó a Quevedo, al que se atribuyeron mil cuentecillos sucios y anécdotas vulgares. En Cataluña el rector de Valljogona y en la Rioja Samaniego cargaron con parte de un anecdotario parecido.

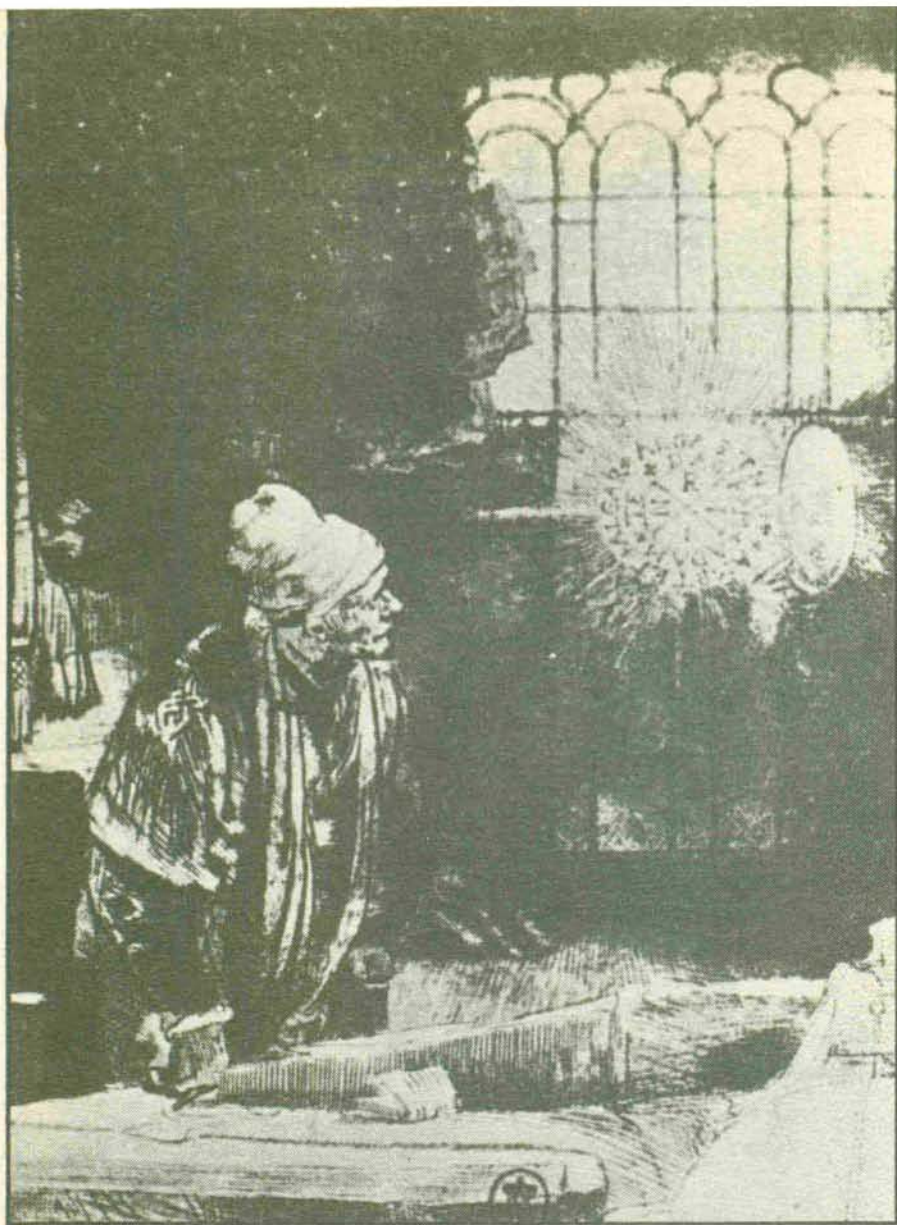
En cada caso hay que admitir que la persona a la que se le atribuye hizo algo para que esto fuera así. Villalobos aparece burlándose de su raza y origen, también de su pusilanimidad, que arrancaría de la misma infancia su condición de «judigüelo». Luego, con sus clientes soberbios y burlones, toma una actitud bufonesca; acepta burlas, replica a ellas. El elemento escatológico (en la acepción sucia de la palabra) tiene importancia en su anecdotario y en el que deriva de él. En el libro titulado **Los problemas de Villalobos**, impreso por Juan Picardo en Zamora el año 1543; se publicó el famoso diálogo del médico con un grande de Castilla en torno a una cura a base del temible «clister», que hubo de sufrir el grande, conde de Benavente al parecer. Años después el vecino de Madrid Gaspar Lucas Hidalgo, en sus **Diálogos de apacible entretenimeitno** (Madrid, 1605) daba una versión más pobre y desvergonzada a la par del episodio, siendo el paciente un comendador **Rute de Ecija** y la administradora del jeringazo la



La novena lámina de músculos. (Taller de Tiziano). Grabado en madera del De Humani Corporis Fabrica. Basilea, 1543.

dueña Benavides. La popularidad de Villalobos en pleno siglo XVII hizo que la escena, poco pictórica en verdad, fuera puesta en tela por gran pincel. En un inventario de cuadros que eran de don Luis Méndez de Haro y Guzmán se registra uno bastante grande en el que aparecía el magnate enfermo echando mano a la espada y un médico con la jeringa en la mano y en la otra el bonete

encarnado de doctor. ¡Es de mano de Diego Velázquez! Un inventario de 1755 sigue citándolo. ¿Qué ha sido de él? En el Museo del Louvre, entre muchos cuadros magníficos de la escuela española, hay uno (y no de los buenos en verdad) que representa a un hombre de la época velazqueña con un clister. ¿Se trata de un trozo de cuadro o de una figura copiada del original aludido?



«Doctor Fausto». (Cuadro de Rembrandt). Rijksmuseum de Amsterdam.

El caso es que Villalobos queda mucho después de muerto como personaje chistoso, que aparece en las colecciones de cuentos y chascarrillos. Pero fue mucho más que eso. Como también lo fueron Quevedo y el mismo Samaniego.

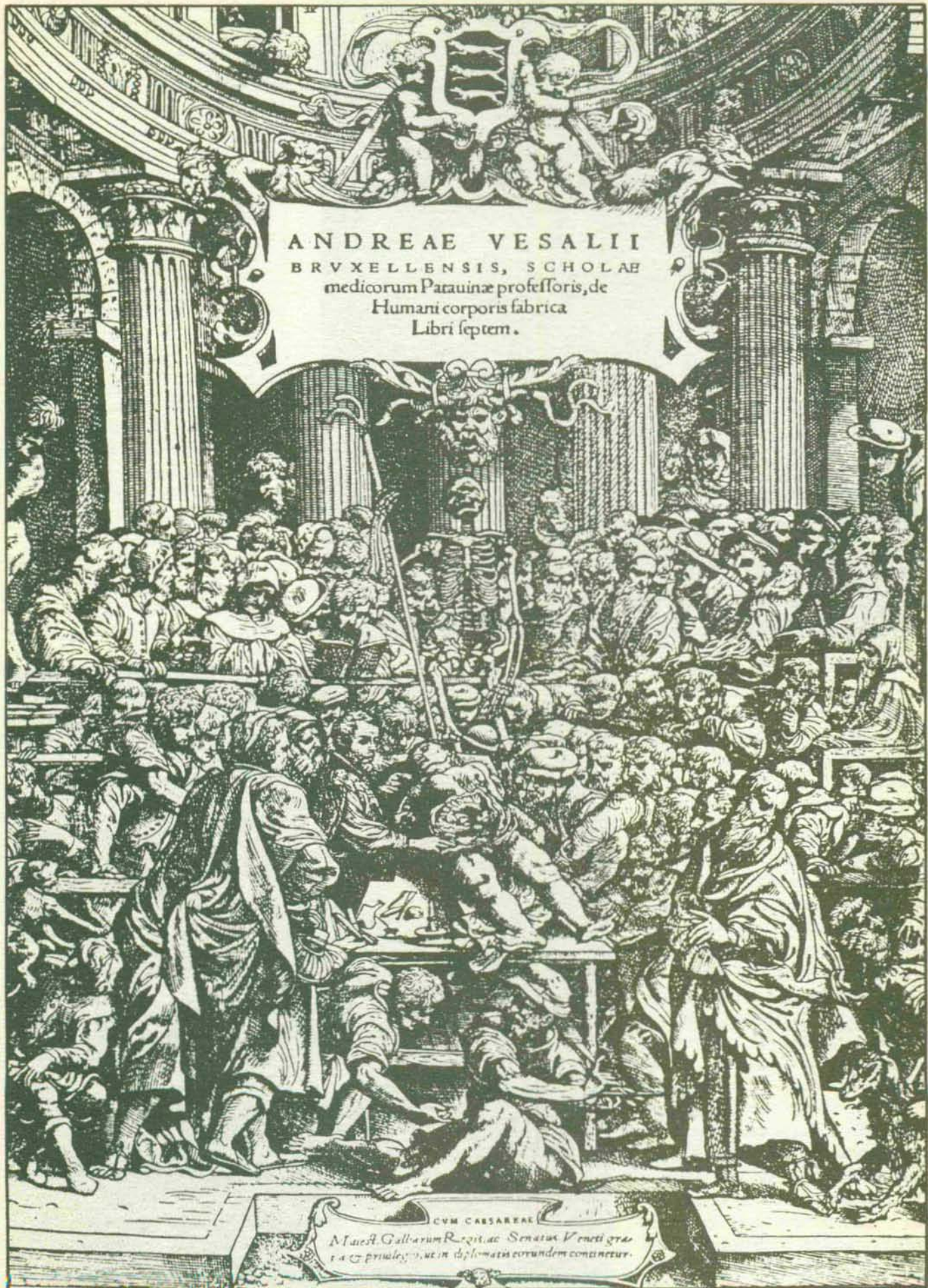
V

El médico antiguo estaba mucho más cerca del humanista y del teólogo que el moderno: o que muchos de los modernos, de tendencia positivista y aun materialista. Villalobos estudia, todavía, dentro de una tradición medieval; pero a lo largo de su vida se desenvuelve la ciencia renacentista y él es

un hombre del Renacimiento. Como humanista trabajó sobre dos actores latinos difíciles. Su traducción famoso del *Amphytrion* de Plauto la sacó a luz en Alcalá de Henares en 1517, al parecer, y luego volvió a imprimirse dos veces con los **Problemas** (Sevilla, 1550, y 1574). Sus esfuerzos dedicados a ilustrar y aclarar textos oscuros de Plinio, en los libros primero y segundo de la **Naturalis Historia**, no dejan de tener interés para el que quiera saber algo acerca de las concepciones cosmográficas y físicas propias de la época. Lo mismo pasa en relación con la parte primera de los **Problemas**. Pero mucho más interés tienen estos

cuando son problemas humanos y más que médicos o fisiológicos, psicológicos y sociales.

Villalobos era, además de médico, hombre de Corte como va dicho. Hay médicos a los que la enfermedad o el caso clínico que tienen delante les domina y les absorbe. A otros les interesa también, o acaso más, la personalidad del enfermo. Cuando mi tío, Pío Baroja, hacía prácticas con un médico famoso en el Madrid de fines del siglo pasado y comienzos de este, que se llamaba don Jacobo López Elizagaray, éste le reprochaba que se interesaba más por la vida de los enfermos que por hacer un buen diagnóstico. El joven aprendiz estaba en camino de ser novelista. Villalobos fue un moralista ante todo y, como les ocurre a muchos moralistas, a veces predicó una cosa e hizo otra. El tratado primero de los **Problemas** se refiere a los cuerpos naturales y contiene seis cortos «metros» con el comentario correspondiente en prosa: este método de combinar unos versos con «porques» y una glosa explicativa es muy de la época. Los metros del tratado primero preguntan cosas obtusas o que hoy tendrían respuesta muy diferente. En el segundo van los metros VII-XLI, que son mucho más sabrosamente contestados. Las preguntas se refieren a las contradicciones típicas y tópicas en la vida del hombre, dejando claro, claro es, una parte a la acción del diablo. Las contradicciones se encuentran en todos los estados, en todas las edades y ante todas las pasiones. Villalobos usa de los «caracteres» y de los «estados» como otros los utilizan en danzas de la muerte y escritos seme-



ANDREAE VESALII
BRUXELLENSIS, SCHOLAE
medicorum Patavinæ professoris, de
Humani corporis fabrica
Libri septem.

CVM CAESAREAE
Majest. Galliarum Regis, ac Senatus Veneti gra-
tia & privilegio, ut in diplomatis eorundem continetur.

«Vesalio enseña anatomía». (Grabado en madera de la portada del De Humani Corporis Fabrica, de Vesalio, Basilea, 1543. Original de Jan Stephan Calcar).



D. Fernando Alvarez de Toledo y Zúñiga, III Duque de Alba de Tormes. (Cuadro de Tiziano. Palacio de Liria, Madrid).

las antiguas. Ocasión para trazar el esquema de lo que pasó en Roma en el tránsito de la época republicana a la imperial. Ahora le toca a la vez a las damas que, requeridas de amores, pierden su libertad y lloran luego la pérdida, y a los caballeros que hacen matrimonios de interés y se encuentran tras ellos sujetos toda la vida a compañía aborrecible. He aquí a los preladados ambiciosos, a los frailes que dicen abandonar el mundo y forman bandos y se dedican a la murmuración en el supuesto retiro. He aquí al hombre de leyes que va contra la Justicia; a los viejos que, sin tener en consideración la cortedad de la vida, pleitean como si fueran a vivir largos años. Villalobos llegó a viejo. No sé

jantes. Los **Problemas** son los que plantea la misma condición loca del hombre. La locura triunfa como en el texto de Erasmo y la humanidad sigue los rumbos de la nave del poema de Brandt.

Así pues, los personajes que desfilan en este libro de los «porqués» son tópicos, pero no por eso dejan de ser reales. He aquí a los grandes de la tierra que pudiendo vivir en paz buscan la guerra y luego lloran o se arrepienten porque no la han preparado como se debe. He aquí a los ejércitos en los que se requiere disciplina, constituidos por soldados mal pagados, que roban, se amotinan, fornican y blasfeman, y a los defensores de la virtud huyendo. He aquí al aristócrata que se enorgullece de tener antepasados valientes, viriles, austeros, dado a la molicie o metido en negocios sucios y sin ninguna virtud de



La emperatriz Isabel. (Tiziano. Museo del Prado, Madrid).



Carlos V acariciando a su perro. (Tiziano. Museo del Prado, Madrid).

si pleiteó algo: pero sí es claro que hizo una cosa que en el metro XIX reprueba. Se casó, viudo y anciano, con mujer moza. En otra ocasión se justifica. En esta no se para a discutir la acción del viejo que se casa. Sí la de la mujer que carga con él, siendo muy prolijo en la descripción de los males a los que se expone. También *arremete luego* contra las viejas presumidas y más

adelante critica a los de su profesión, que, con frecuencia, recetan a los pacientes lo que no quieren para sí. La contradicción generalizada hace asimismo que el hombre quiera vivir mucho, aunque la vejez sea peor que la muerte, según él. Hay metros contra los que buscan honras por medios viles, contra los orgullosos, que no tienen razón ninguna para serlo, contra las gentes de

condición humilde que marcan distancias y establecen categorías entre sí; contra los comilones, los avaros, los ostentosos, los ignorantes presuntuosos y los que ejercen con falta de mesura una profesión importante. Frente a ellos los animales irracionales saben curarse y tener templanza, desconocida para el hombre, hecho por Dios a su imagen. Todo es mentira, como diría Leopardi: más en las altas esferas. Pero la mentira donde primero fue sembrada fue ya en el Paraíso Terrenal.

VI

Villalobos debió terminar de escribir los problemas con la experiencia de haber sido médico de Carlos V ya avanzada. No fue hombre aficionado a salir de su tierra como otros médicos amigos suyos; por ejemplo, el doctor Escoriaza, que vivió mucho en Inglaterra. Antes de su retirada de la Corte, causada por algún desaire en el que anda mezclado y también la hostilidad decidida contra otro joven médico del joven monarca, Narciso Ponte, pudo ir a Alemania. Pero parece que cuando la elección del emperador se negó rotundamente a acompañarle y escribía para justificarse: «Yo no puedo acabar conmigo de ser alemán, porque ni Dios me hizo para aquel fin cuando me ponía la color, ni me parió para eso mi madre». Poca afinidad con las gentes blancas y rubias, poca gana de ver nieves y «la mar cuajada». Donde el médico está en su medio es en Castilla y en la Corte, diga lo que diga y aunque le produzca aversión a veces.

Observa a hombres y mujeres, tiene idea de que viven licenciosamente. En muchos

Nit quid pro quo/nit weissz für schwarz.
 Darzeychen soll ein weisser Arz/zt/
 Sonder erfahren sein der ding/
 Will anders er das ym geling.



«SAN COSME Y SAN DAMIAN». (Grabado en madera, de la obra de Hans von Gersdorff «Feldsbuch der Wundartzney». Estrasburgo, 1540. Original de Johannes Wechtlin).

aspectos su punto de vista puede compararse con el de Mr. de Brantôme, el autor de *Les dames galantes*, para el cual los españoles y sobre todo las españolas de alto copete eran personas que mezclaban el libertinaje con el ingenio, de modo digno de ser recordado. Villalobos sobresale, ante todo, en el género epistolar: un género que en su época tuvo otros grandes cultivadores, como Fray Antonio de Guevara, el cual no le cita nunca y al que se debe una carta muy curiosa acerca de la Medicina y

su historia. Los dos adoptan el tono festivo: pero lo que es una alegría segura y a veces superficial en el fraile noble y cortesano, es con frecuencia risa forzada en el médico converso, mucho menos seguro de su situación, como es natural. Villalobos tuvo siempre miedo. Miedo a los comuneros, miedo a sus rivales, miedo a detractores y calumniadores. A veces también no sintió una completa inclinación hacia quienes le protegían, como el mismo Almirante de Castilla, al que nos muestra avaro y displicente.

¿Con qué ojos podía contemplar —por otra parte— un auto de fe como el celebrado en Valencia, del que daba noticia al arzobispo Fonseca en su carta del 17 de mayo de 1528? ¿Qué «juego» festivo era aquel en que se quemó a trece personas, entre hombres y mujeres, y a una multitud de otras estatuas?

Otras cartas pueden ser más alegres, aunque a veces parece notarse en ellas cierta misoginia y hay escritos de él compuestos para demostrar ingenio y dominio de la lengua, como el diálogo del marqués de Lombay y el eco, en que Villalobos hace patente su descontento y también su voluntad de retirarse otra vez. Al fin lo hizo, viejo y potroso, es decir con una hernia a la que compara a un melón de invierno.

La vejez le llegó con sus males interiores. También los exteriores. Reyes, grandes, arzobispos, damas, amigos, ingenios, hombres virtuosos que había conocido murieron antes que él. Las últimas cartas escritas de su puño que se conservan rezuman tristeza y a veces son de un realismo muy hispánico. En una sale cierto doctor León pintado con tristes colores. En otra aparece aludida una «bruja del patio», una «beata hechicera del hospital», una «saludadora de Santiago», «la Trueba», y «el hombre derrengado que cura el mal de ijada», que eran los que decían aquí y allá que Villalobos había matado a la emperatriz.

Hombre festivo, hombre chistoso y chocarrero. ¿A qué se ha llamado humor festivo en España? Dejemos una vez más las obras científicas de Villalobos a un lado, las **Confusiones** y los diálogos sobre las fiebres.

VII

Hay otros escritos suyos sobre los que he de llamar la atención, para terminar este perfil. La canción a la Muerte escrita pasados los setenta años, con su glosa magnífica, y **El tratado de las tres grandes**, que se imprimieron muchas veces juntos. Las tres grandes son tres grandes «pasiones». La primera es «la gran parlería», es decir el deseo de hablar en exceso, la locuacidad. La segunda es «la gran porfía», o sea la tendencia a defender con insistencia y testarudez un determinado punto de vista. La tercera es «la gran risa». Villalobos describe cómo se desarrollan estas pasiones en líneas generales y da ciertos remedios más o menos eficaces para dominarlas. Es curioso advertir que tratando de la risa aluda a posibles causas fisiológicas, pero que no las describa por desgracia. En cambio insiste en distinguir la risa verdadera de la falsa: «pasión o propiedad de una alimaña que se llama la Corte». La falsa risa se da, pues, sobre todo, en un medio social: no tiene causas naturales, afirma Villalobos de modo rotundo. Por esta vía podría llegarse muy lejos y cabría incluso encontrar la clave de la risa del propio autor. Aparte de eso describe risas fingidas, como las de los sordos; risas elementales, como las de los niños o los negros; risas seniles con fundamentos muy variados y no muy alegres. Villalobos fue gran observador y vio la parte que la ficción, el en-

gaño y la contradicción tienen en la vida del hombre en sociedad, de modo muy realzado. Por eso coronó su obra con unos versos en alabanza de la Muerte.

*«Venga ya la dulce muerte,
con quien libertad de alcanza,
quédese a Dios la esperanza
del bien que se da por suerte.*

*Quédese a Dios la fortuna
con sus hijos y privados,
quédense con sus cuidados
y con su vida importuna.*

*Y pues al fin se convierte
en vanidad la pujanza,
quédese a Dios la esperanza
del bien que viene por suerte».*

El comentario parece escrito por un médico estoico antiguo; es decir, un hombre más cercano a la observación de la Naturaleza que los ascetas

cristianos, aunque haya en el mismo comentario más de una concesión a las ideas cristianas.

La visión del infierno es plástica. Todo el comentario respira desengaño y no deja de haber alguna nota tragicómica, como la descripción de la muerte del gran chanciller, alrededor del cual, ya muerto, ríe la servidumbre haciendo chocarrerías.

En suma, lector de estas malhilvanadas cuartillas: como tantas veces, si quieres enterarte de quién fue el doctor Enrique López de Villalobos no te fíes demasiado de lo que dicen de él algunos famosos manuales de Literatura. Fue más que eso. Leyéndolo te darás cuenta de ello. ■ J. C. B.

«HERCULES Y LA HIDRA». Heliograbado de Andrea Mantegna (finales del siglo XV). Ilustra el segundo trabajo de Hércules: el combate con la Hidra, una serpiente marina, que simboliza también al médico peleando con la Hidra de la enfermedad.

